

UN SOÑADOR

SAINTINE

La segunda vida.

I

¿Saintine?... ¿Quién se acuerda hoy en Francia de Saintine? Y, no obstante, he ahí un espíritu excepcional y encantador, y uno de los pocos maestros «ès rêves» que se puedan encontrar. Saintine nació en París en 1798 y murió en 1875. Premiado por la Academia, satisfecho con honores oficiales, escribiendo ya conmovedora, ya risueñamente para el libro y para el teatro, fué el tipo del verdadero hombre de letras.

Pero, a mi entender, no se ha sabido juzgar a un varón excelente. Toda su obra variada y profunda no vale lo que el, quizá, más desconocido de sus libros, aquel en que penetra en lo desconocido por la meditación, la observación y la fantasía, y que no tiene otro defecto, en ese sentido, que la declamación y el sabor romántico de la época. Me refiero a la *La seconde vie*, que tiene por subtítulo *Rêves et rêveries, visions et cauchemars*. Esta obra fué publicada en 1864, y es hoy difícilmente encontrable. En este volumen, Saintine trata de sueños y de ensueños, visiones y pesadillas, en prosa y en verso. Hay en él cierta elegancia, erudición e imaginación; y no en vano era íntimo amigo de Gérard de Nerval. Una de sus poesías se desenvuelve por este pensamiento: Soñar es todavía vivir. En una de las estrofas dice: «Las cosas de la vida y las cosas del sueño van alternativamente perdiéndonos en medio de los remolinos de su doble corriente; cual es durante nuestras noches ese sol que se levanta.» Es siempre un perseguidor de la verdad a través de los intrincamientos

de las filosofías, aun cuando ponga ante ellos las brumas del ensueño. Ve a veces el error y la verdad que van por un mismo camino, con los mismos aspectos y dándose la mano como dos hermanos. «Soñar — dice —, ¡oh!, cómo domina esta palabra en la vida y cuánto lugar tiene en ella. Despiertos soñamos; en medio de nuestros males, soñando, podemos crearnos una felicidad que ninguno nos envidia; y ¿quién de nosotros querría cortar de sus días esos dulces instantes tan plenos y tan cortos, en que el pensamiento a lo lejos se lanza errante, alza ante nuestros pasos las barreras de un mundo, y allí, rodeándonos de dulces visiones, de huríes de frente pura, de glorias, de trofeos, pone en nuestras manos la varita de las hadas? Y bien, si por intermitencia, los ojos cerrados, los ojos abiertos, poseemos en nosotros esa doble existencia, ¡ah!, alma mía!, de un modo, de otro, ve, recorre ese otro universo, ese mundo ilimitado de la segunda vida.» Como mis lectores comprenderán, el interés que en mí despierta Saintine se basa en sus escritos sobre el mundo de los sueños.

Él también, como d'Hervey de Saint-Denis, escribió un diario de sus sueños, con la diferencia de que si en el otro había un propósito científico, en este autor hay, ante todo, la preocupación de un procedimiento y un fin literarios. Probablemente por ello no se habla de Saintine a este respecto en ninguna de las obras que forman la ya larga bibliografía científica del sueño.

Desde luego, como conviene, Saintine es un idealista. «En todos los pueblos — escribe —, en todas las épocas, el sueño ha desempeñado un gran papel en la historia de la Humanidad. Las religiones antiguas veían en él el indicio revelador de los acontecimientos futuros, testigos los oráculos de Dodona y de Delfos; el culto de Hécate con sus templos, que servían de hospederías a los durmientes, con sus interpretaciones, sus evocaciones y su famosa fórmula: «¡Bombo! ¡Mormo! ¡Gorgo!», que pertenecen tanto a Egipto y a la India como a la Grecia.

Hoy mismo todos nuestros ensayos de renovación religiosa, el misticismo, el iluminismo, el swedenborgismo, el espiritismo, el magnetismo,

¿no llaman al sueño o al ensueño (*rêverie*) llevado hasta la exaltación, para ponernos en comunicación directa con las potencias de lo alto?»

Con todo, Saintine no toma nunca el aspecto del sabio, no emplea jergas de magister. Hasta llega a la sonrisa para garantizar su modestia, y afirma que se ocupa en tales especulaciones, en verso o en prosa, «pour la distraction de têtes à l'envers». En su libro sueña, ya despierto, ya dormido; hay *rêve* y *rêverie*. *El moscardón de oro*, por ejemplo, es una *rêverie* mezclada de filosóficas reflexiones. A veces la *rêverie* se junta a la alucinación, como en *El espejo de Venecia*. Había llegado a la casa de campo un amigo, y después de una visita a la propiedad, se fué al lecho. Su sueño fué agitado, por falta de costumbre de dormir de día. Veamos lo que él cuenta: «Un criado, entre un sueño y otro, había venido a cerrar la persiana de mi ventana, sobre la cual daba el sol de lleno. Al despertarme creí ver una figura dibujarse ante mí; luego otras figuras vinieron, figuras de mujeres, aun de

lindas mujeres, hasta donde podía juzgar por una inspección rápida, pues no habían sino aparecido y desaparecido en seguida. Una abertura redonda había en la parte superior de la persiana. Pensé que por allí venían mis curiosas a mirarme dormir. ¿Pero quiénes podían ser esas encantadoras personas? Nada en su fisonomía me recordaba de las damas con quienes me había encontrado por la mañana en casa de mi amigo en el desayuno. Luego noté que aun vuelto de espaldas a la ventana, veía nuevas apariciones femeninas. Esta vez no se trataba sólo de rostros o perfiles: cada una de mis visitantes mostraba, en su gracioso conjunto, el cuello descubierto, los hombros desnudos, y tan cerca de mí, que podía tocarlas al pasar. Me hice el dormido y, cuando noté que una de mis encantadoras se acercaba, tendí bruscamente la mano hacia ella y, como único resultado, me golpeé los dedos con un espejo. Un espejo de Venecia, de bordes biselados, enmarcado de calados, y cuya existencia ignoraba, estaba colocado en el fondo de la alcoba que yo ocupaba. En ese espejo se repro-

ducía el dulce miraje, llevado por un rayo de sol a través de la abertura circular; al menos lo pensé así. Entonces, pensando que aquello no eran más que reflejos, examiné a mis bellas damas con despacio y calma convenientes.

»Algunas me eran completamente desconocidas; pero a la mayor parte de ellas, de seguro, las había encontrado en otra parte; ¿dónde? No podía recordarlo, y no me explicaba por qué caso fortuito se hallaban juntas en casa de mi amigo, y tenían su decamerón justamente en la parte del jardín que estaba frente a mi ventana. Cosa igualmente singular, casi todas llevaban, o parecían llevar, un traje de teatro, faldas, peinados de otra época; aun las había cuyos cabellos estaban empolvados. ¿Se preparaba en casa de mi amigo una sorpresa para la noche? Eso parecíome probable. Y mis bellas comediantas desfilaban ante mí: una con la gorguera a lo Enrique III, otra el cuello a lo Médicis, ésta y aquella con bucles atirabuzonados, los crespos, los peinados de varios pisos, o las pelucas superpuestas del *pouf* de los reinados de Luis XIII,

de Luis XIV y de Luis XV. En verdad, no me explicaba cómo tantos tocados diferentes iban a figurar en una misma pieza, cuando de repente, sin vacilación, reconocí los modelos de dos retratos de Largillière y de Latour: Mme. de Montespan y Mme. de Pompadour acababan de aparecer en el espejo. Una vez sobre esta pista, los nombres de mis otros personajes me vinieron fácilmente a la memoria. Eran nada menos que los favoritos de nuestros antiguos reyes, Valois y Borbones: Diana de Poitiers, Gabriela d'Estrées, Mlles. de la Fayette, d'Hautefort, de Fontanges, de la Vallière; Mme. de Maintenon, vestida de negro, un libro de horas en la mano, conducía el duelo de una reina; Mme. Dubarry, disfrazada de bacante, cerraba la marcha de la otra. ¿Pero cómo tantas bellas damas habían venido a mi alcoba? Buscaba la razón del fenómeno y creía haberla encontrado, cuando mi amigo entró en el cuarto. Abrió la ventana; me precipité a ella; todo había desaparecido.

«Poseéis una rica colección de retratos — le dije —; ¿es para hacerles respirar el aire que los

exponéis en vuestro jardín?» Y le conté la historia de mis visitantes, y cómo suponía yo algo como un efecto de cámara oscura. Él sonrió.

«Sé de lo que se trata — me dijo —, y siento no haberos advertido. No hay ningún efecto de cámara oscura; es el espejo únicamente, que tiene el don de reproducir así las imágenes que otras veces se han reflejado en él. Esta luna de Venecia, comprada por mi abuelo, provenía del saqueo de Versailles en el 92. Traída a Francia por Catalina de Médicis, decoró primero el Hotel Saint-Pol, el Louvre; de allí pasó a Fontainebleau, a las Tullerías, a Versailles, siempre adornando el gabinete particular del rey reinante. Como nuestras bellezas en cuestión frecuentaban habitualmente ese gabinete, sus imágenes, a fuerza de reflejarse mil y mil veces, se han, por decirlo así, incrustado; y por un efecto de óptica, o de catóptrica, que no soy capaz de explicar, por emisión o vibración luminosa, de tiempo en tiempo, en la media sombra sobre todo, la imagen aparece por sí misma en su superficie.»

»Yo convine, pero pregunté:

«—¿Por qué la imagen de los hombres no se ha conservado también?

»—Eso se explica por sí mismo—dijo riendo—; las mujeres se miran más al espejo que los hombres.»

Con esta explicación, que merece ser japonesa, cierra Saintine la narración. Ese sueño de despierto pierde por su mucha intención literaria, por su extensión expositiva, por el deseo manifiesto de hacer «el artículo». Y sin embargo, hay «más allá», hay misterio y se recuerdan los versos en que la luz de las bujías

... agonise

A l'infini, dans les glaces de Venise...

En la *Ascensión de noche al Yungfrau* se encuentra más la atmósfera del mundo de los sueños, con todo y quitar vigor y profundidad a lo que toca con lo desconocido, el exceso de prosa, lo largo de lo contado, la insistencia en detalles que no agregan ningún interés, y que, al contrario, aminoran la impresión que dan las incursiones en la región de lo enigmático y ultraterreno.

II

Una figura que se diría hermana de las mujeres de Poe aparece de cuando en cuando en las narraciones oníricas de Saintine, una figura cuyo nombre latino suena suavemente, y a pesar de su origen horaciano lleno de sol, evoca a las Ligeias y Leonoras en su misterio trágico y melodioso: Lalage. La primera vez es en una relación algo pocana por cierto: en la *Ascensión de noche al Yungfrau*. Se encontraba en Lauterbrunn con varios amigos excursionistas, de los cuales unos eran pintores, otros botánicos o mineralogistas.

Ellos partían a sus rebuscas; él se quedaba con un libro en la mano. Sonreían de él por esto. Así, en una de las reuniones de la comida pro-

puso adelantarse al Climbing-Club en la escalada del Yungfrau.

No me extenderé en los detalles, que son bastante minuciosos. Hay sugerentes descripciones nocturnas, y es singular la figura del guía Cristián Roth. Luego la ida a despertar a los compañeros, frustrada, y la resolución de hacer sólo con los guías la ascensión. El comienzo de la subida, el placer de hacer una herborización a la luz de la luna, los peligros, la historia del miembro del Club de los Grimpeurs hundido en una *crevasse*... «Yo podía verlo allí; allí estaba aún perfectamente conservado, y a diez pasos, Cristián bajó de nuevo su antorcha; maquinalmente incliné la cabeza hacia el abismo, pero cerré los ojos; una corriente de aire, cargada de polvo de nieve, se escapaba de las entrañas del ventisquero, y no dudé de que fuese el difunto quien me soplaba así la nieve al rostro...» Se fatiga; quiere sentarse; el guía se lo impide. Siguen la ascensión apoyados en sus *alpenstocks*, recomfortándose con el usual aguardiente con vinagre y queso asado. Él asciende, asciende; pero el

cansancio se apodera de todo su ser, cuando, de pronto, a lo largo de una cornisa ve que se desliza una sombra. «Una forma humana se dibuja a través de los azulados vapores de la noche. Ella huella, como yo, esos tapices de nieve hasta entonces immaculados... Mi ardor se renueva; precipito mi marcha con un ardor tal, que mis guías quedan atrás. Llevado hacia adelante por una fuerza sobrenatural, dejando allá mi bastón herrado, desciendo las cuestas deslizándome y las subo a la carrera; los picos nevados se juntan delante de mí para que yo pueda de un solo salto pasar de uno a otro. No tardo en llegar a la cima culminante de la montaña; entonces quedo pasmado. Aquella misma forma humana que se me había aparecido en los bordes de la cornisa, y que creía muy lejos tras de mí, estaba erguida sobre la meseta, en una actitud de triunfo y de desafío. Me acerqué... Era una mujer... ¡Lalage! ¡Lalage!... No me preguntéis todavía quién es Lalage.» Lalage obsederá al soñador. Ella aparece en otros ensueños, a la manera de la Aurelia de Gérard de Nerval. Así

en la narración o divagación que lleva por título *Promethée*.

Saintine está en su jardín filosofando sobre la misión del hombre, a quien quizá esté prohibido conocer lo oculto de la vida. En su meditación, oyendo caer el agua de la fuente, perdido en lo vago de su *rêverie*, sin saber cómo, de repente, ve surgir ante él una montaña.

Era el Cáucaso, y sobre el Cáucaso estaba enclavado el infeliz Prometeo, en compañía de su buitro, que le roía el hígado.

Siguen varias reflexiones. Luego, Prometeo, su montaña y su buitro, habían desaparecido. Y tiene ante su vista una representación de la patriarcal edad de oro. En seguida, tras unos instantes de reflexión, el cuadro cambia; «sorpresa que podía darme voluntad; de ese lado, el ensueño; la *rêverie* es más cómoda que el ensueño». Eran ahora templos, palacios; la civilización había nacido. Y ve espectáculos de una civilización extraordinaria y extraña. Saintine hace surgir ante su vista un cuadro de la época de Sardanápalo. Luego son otros cuadros: aparece

París, grande como Ninive; como ella, poblada de sabios, de escépticos y de epicúreos.

Le pareció que durante el itinerario de Ninive a París, «por brusco y rápido que fuese el cambio de tiempo y lugar, había visto a lo largo de su camino pasar las sombras siniestras de Tiro, de Sidón, de Atenas, de Roma, de Bizancio, todas ciudades poderosas, que se habían tendido por turno en la hoguera de Sardanápalo». ¿París estaría amenazada de acabar así? Las visiones provocadas siguen, y son objeto de expansiones filosóficas. Una voz le habla largamente, y luego se calla. ¿De dónde había venido? «Miré a mi rededor. Yo no encontré sino a Lalage.» Y con ella entabla un diálogo, en que le explicará la causa de sus visiones.

Lalage reaparece para ser cantada, tomando el poeta como epígrafe una cita de Horacio:

Et fugit ad salices
Dulce ridentem Lalagem amabo.

«Hay una sombra, un fantasma, una mujer —dicen las estrofas— que siempre marcha en

mis pasos; si estoy triste, ella acude cuando de mi alma se escapa el primer ¡ay! Después la escucho prodigarme, en voz baja, buenos consejos, sin que yo los reclame, y de los cuales a menudo no aprovecho. Indulgente como una madre, siempre diversa y encantadora, antes, cuando de mis amores se rompía la trama efímera, revelándose a mí en toda su belleza, coqueta, y sin embargo púdica en su gracia, para reavivar mi corazón desencantado, ella tomaba el lugar de mi amor ausente. Después, su mano en la mía, juntos íbamos bien lejos, bien lejos, y sin cambiar de espacio, al bello país de las visiones, donde la realidad se borra, donde, bajo un cielo sin sombra, sin amenaza, florecen las ilusiones. Hoy que el amor casi no me importuna, tan encantadora como otras veces, aunque más grave y más severa, ella sabe aún distraerme con placeres menos vivos, pero tan dulces creo; ella me encanta, ella me alumbra, y es por sus ojos que yo veo. En ella está toda mi ciencia, mi razón y mi conciencia; sin embargo, estoy convencido de ello, algo le hace falta: una nada, un humo, la

vida... ¡Ah! ¡Lalage, si hubieseis vivido, cuánto os hubiera amado! La Aurelia de Nerval es una de las formas de una amada que ha tenido existencia; la Lalage de Saintine es una creación, una proyección de su espíritu, y el soñador se complace en adorar la sombra inasible e imposible.

Mas todo esto me ha alejado del mundo de los sueños. Saintine presenta en su volumen más capítulos dedicados a la *rêverie* que al sueño verdadero; sobre el cual; por otra parte, él hace, en lo que llama «aviso a los viajeros», una corta disertación. «En todos los pueblos —dice—, en todas las épocas, el sueño ha representado un gran papel en la historia de la Humanidad». Recuerda que las religiones antiguas veían en él el indicio revelador de los acontecimientos: así en los oráculos de Dodona y Delfos; recuerda el culto de Hécate, con sus templos que servían de hospedería a los durmientes, con sus interpretaciones, etc., como he dicho en párrafos anteriores. Después narra sus viajes sómnicos, no sin cierto énfasis y sentimentalismo románticos.

Y en uno de esos viajes se encontró «diez veces más feliz aún que de ordinario. Acampamos en no sé qué lugar del Globo, en Circasia, creo; tal vez en el Perú, en Lima. ¡Las limeñas son tan lindas! El cielo, el paisaje, las flores, los pájaros, los productos bienhechores del suelo, y sobre todo la joven huéspedada encargada de hacerme los honores de su casa, me habían encantado a tal punto, que me pareció que podían transcurrir algunos días sin temor a la saciedad». Él quiso quedarse. Pero su guía, un ángel — en Saintine hay también algo de swedenborguiano — le dijo: «¡Anda, anda!» El cambio es una de las condiciones de la Humanidad.

Artemidoro.

Yo me imagino al admirable trabajador de misterio bajo el poder de Adriano o de Marco Aurelio, o bien bajo Antonino Pío, recorriendo lugares, fatigándose en dispendiosos y molestos viajes por Grecia, por Sicilia, por Italia, por las islas más pobladas, todo al servicio de su deseo de la sapiencia arcana de los sueños.

Él encontraba a los hombres errantes que iban en busca de la cuna del Sol, y que sabían leer el porvenir, y lograban su secreto a fuerza de dádivas, pues el viajero del enigma no escatimaba ni dádivas ni penalidades. No creáis a los que

os digan que es un antecesor de la charlatanería de posteriores y actuales tiempos. Hay demasiada convicción en su obra — «nociones sabias, vistas profundas», dice una autoridad francesa — y demasiado sincero esfuerzo para dudar de la altura de su espíritu. El mismo abate Richard, uno de sus detractores, reconoce esa cantidad prodigiosa de diferentes interpretaciones de los sueños, que están consignados en la gran obra que ha pasado hasta nosotros...; son una prueba de la seducción a que se había entregado por completo. Así educó a su hijo, lo que hace creer que haya adquirido en ese estado cierta consideración, y que aun le haya sido útil. No en vano Artemidoro se dice inspirado por Apolo. ¿Todo poeta no es un soñador? «Si alguien — exclama — pretende poder agregar alguna cosa a mi libro, que guarde para sí sus conocimientos; si encuentra algo de superfluo y que pueda aprovecharle, que se sirva de ello; pero que no altere en nada la substancia, que respete y que tema el ojo penetrante del dios que ve y que conserva todo, de Apolo, la divinidad tutelar de mi

patria, que me ha conducido e inspirado en esta empresa.»

Artemidoro era originario de Éfeso. Su obra es clásica en la bibliografía del sueño. No sé que se haya hecho ninguna traducción al castellano. En Francia existe la de Desmoulins. Richard ha vertido fragmentos. Daré alguna idea, exponiendo algunos extractos de esa enciclopedia antigua del sueño, en la cual desde lo antiguo hasta Mme. de Thèbes tanto han recogido para el estudio de la interpretación. Las afecciones dice que se presentan por sí mismas al alma y que tienen a la naturaleza del sujeto, por ejemplo, cuando alguien piensa estar cerca del objeto de su pasión; que el miedoso vea por todas partes motivos de temblar; que el que tenga hambre o sed crea comer y beber: esas ideas, cuya causa preexistente en el sujeto no anuncian sino su disposición misma y son todas naturales. Entre esas disposiciones, unas se relacionan con el alma, otras con el cuerpo y algunas con ambos a la vez. El enfermo que cree estar con su médico y que arregla con él los medios de curarse;

el amante que piensa en su querida, tienen el alma y el cuerpo ocupados. El que no tiene más que afecciones puramente espirituales, como de regocijarse o de entristecerse, no cede sino a las impresiones que afectan su alma; pero los que están urgidos por la sed o por el hambre, o que por haberse servido demasiado están atormentados por la indigestión, éstos no tienen más que afecciones animales y que se relacionan enteramente con el cuerpo. Estos últimos no pueden tener por causas más que la escasez o la abundancia. Los sueños son movimientos o impresiones variadas del alma que anuncian bienes o males por venir... Admitida esta definición—no importa el intervalo que se suponga entre el sueño y su realización—, el alma, por medio de las imágenes propias y naturales que se pueden llamar elementos, lo anuncia. Es a la razón a quien toca guiarnos en seguida y alumbrarnos en las obscuridades del porvenir. Algunas veces sucede que lo que nos es predicho se cumple, o inmediatamente después del sueño concluido, o en el instante mismo en que se acaba, de mane-

ra que no se percibe la utilidad de la predicción; pero los acontecimientos mismos la hacen sentir. Es la experiencia la que instruye, y es difícil no escuchar su voz.

Cuentan algunos cinco especies de sueños alegóricos. Primero: los que son propios al soñador y que se refieren únicamente a él; los bienes o males que anuncian no sucederán sino a él. Segundo: los que son extraños, en los cuales otro parece obrar o sufrir; a él concierne únicamente la predicción. Tercero: los comunes que tocan con nosotros y nuestros amigos. Cuarto: los públicos que se relacionan con todo lo que pertenece a la ciudad y la república. Quinto: los generales que abarcan los grandes acontecimientos que interesan al Universo, tales como los eclipses, los terremotos.

Artemidoro da la interpretación de todos esos sueños. Señalaré algunas. Cuando el sueño se refiere a la cabeza, tiene que ver con el padre; el pie se relaciona con el esclavo; la mano derecha, con la madre, el hijo, el amigo o el hermano; la izquierda, con la esposa, la amiga y la her-

mana; las partes genitales, con los parientes, la mujer y los niños; las piernas, con la mujer, con la querida. En regla general, consideran todos esos objetos según sus relaciones. Artemidoro establece este principio para no caer en disertaciones que serían inútiles. En cuanto a los sueños públicos y generales, he aquí su aserto: quienes no se ocupan de esos asuntos, no soñarán nada en relación, puesto que no sucede ni aun al hombre que descuida sus propios negocios soñar con ellos; y desde luego aquellos asuntos son tan elevados y tan grandes, que están fuera del alcance y de las vistas de la mayoría, que por lo tanto no se ocupará en ellos nunca. Hay circunstancias en que el rango y la dignidad vuelven toda la atención sobre esa especie de asuntos; entonces los sueños tienen toda la utilidad que pueden alcanzar. Así Homero, al representar una asamblea de ancianos que se ocupan en el sueño de Agamenón, les hace decir... (aquí una cita de *La Ilíada*). Un griego de lo común que hubiese tenido semejante sueño, aparecería como un mentiroso y no le haríamos

ningún caso; pero es el rey quien lo ha tenido, y merece toda nuestra atención.

Los más hábiles intérpretes de los sueños dicen que se deben mirar como felices los que están de acuerdo con la naturaleza, las leyes, las costumbres, las artes, los títulos y el tiempo. Es preciso también apoyar sus conjeturas en lo que conviene y es propio. Para juzgar bien un sueño, es preciso conocer las costumbres ordinarias, no solamente las del sujeto particular a quien se tiene que responder, sino también los usos generales de la sociedad a que pertenece. Sin eso, uno se engaña fácilmente. De tal manera que quien quiera meterse a explicarlo es preciso que sepa quién es el que ha tenido el sueño, lo que hace, cuál es su calidad, cuál el estado de su fortuna, su salud, su edad. Debe en seguida examinar el sueño en todas sus partes, pues si se agregan o se quitan algunas circunstancias, ya no es el mismo. Si se falta a esas atenciones y hay equivocación, la culpa es de uno mismo. Sin embargo, hay sueños tan áridos que no se sabe por dónde explicarlos. Entonces es preciso que

suplan la sagacidad y la prudencia del intérprete, agregando algunas circunstancias que parezcan necesarias o aparten la atención, de las nebulosas interpretaciones de los hacedores de anagramas, que pueden, según las leyes de esta ciencia, agregar o quitar algunas letras.

Cuando se sueña que se tiene una cabeza grande, es un buen pronóstico para el que es rico y que no ha pertenecido todavía a la magistratura; para el pobre, el atleta, el que presta a interés, el banquero y aun el que está encargado de la cuenta y gastos de otro. Para el primero es honor y distinción: portará corona, banda o diadema; para los segundos, riquezas y grandes posesiones que les engrandecerán la cabeza; para el banquero, el prestamista, etc., gran amontonamiento de dinero; pero para el rico elevado en dignidad, el orador y el tribuno del pueblo, son injurias y molestias de la parte del público; al que está enfermo, dolor de cabeza; al militar, trabajos; al esclavo, continuación de servidumbre; al que lleva un género de vida tranquilo, penas y agitaciones. Tener las cejas espesas y

bien colocadas, es cosa agradable, sobre todo a las mujeres que se las ponen artificiales. Soñar semejante cosa es pronóstico de placer y de felicidad; pero tenerlas ralas y en mal orden, perderlas, es mal augurio, malos resultados, tristeza por venir, pues la antigua costumbre era arrancarse las cejas en los grandes dolores. Soñar que se tiene cabeza de león, de lobo, de pantera, de elefante, está bien; pues el que ha tenido ese sueño, si emprende cosas que parecen sobrepasar sus fuerzas, las lleva a feliz término, y encuentra por todas partes ayudas tan terribles a quien los resiste como pesadas a los suyos. Muchos de los que pretendían comando o magistratura, han encontrado en esos sueños la predicción de sus éxitos.

Pero tener una cabeza de perro, de caballo, de asno o de algún pájaro, si es de cuadrúpedos, signo de desgracia o de servidumbre; si es de pájaro, signo de transmigración a otro país, ya sea a causa del vuelo, ya porque los pájaros abandonen gustosos su familia y la mayoría no es sino pasajera.

Andar fácilmente y sin obstáculo por la mañana, no ser detenido por los que están en la casa, es buen pronóstico. Señalan que todo saldrá según la voluntad y el deseo que se tiene. Pero no poder andar, no encontrar la salida de su casa o de aquella en que se cree estar, anuncia obstáculos a los que quieren viajar, embrazos a los que algo tienen que llevar a cabo, una enfermedad larga al que comienza a estar enfermo y la muerte al que lo está desde hace tiempo.

Saludar a alguien familiarmente, llamarle, abrazarle, es de buen augurio y señala placer en lo que se tendrá que decir o escuchar. No es tan bueno encontrar gentes que no sean amigos particulares, aunque sean conocidos.

Llamar a sus enemigos y abrazarlos, anuncia el fin de la disensión. Besar un muerto, signo de muerte para el que está enfermo, y para el que está sano, interdicción de todo alegre discurso, puesto que se ha acercado a los labios de un muerto. Si son difuntos amados o que hayan sido gratos, ello no debe causar ninguna inquietud ni impedir nada en las palabras o en los actos.

tud ni impedir nada en las palabras o en los actos.

Estar ante el espejo y verse el rostro es buen signo para el hombre o la mujer que piensa en casarse. El espejo anuncia una mujer al marido y un marido a la mujer, porque le muestra a cada uno un rostro que le pertenece y que sus hijos se mostrarán uno u otro. Es también un buen signo para los que están tristes, pues servirse de un espejo es un acto que nada tiene de triste en sí. Pero es un mal pronóstico para los enfermos, porque un espejo, de cualquier materia que esté hecho, tiene la tierra por principio. Es para otros una transmigración, pues se miran en una tierra extraña. Pero verse con una cara distinta de la suya, no parecerse, es señal para el que se mira de que pasará por padre de hijos adulterinos y aun de extranjeros. Verse parecido, pero más feo, deforme, signos de enfermedades o de penas. Mirarse en el agua, pronóstico de muerte para el soñador o alguno de sus íntimos.

El tribunal, los jueces, las leyes, anuncian a todos agitaciones y penas, gastos extraordina-

rios y secretos descubiertos. A los que están enfermos, días críticos. Si ganan, se mejorarán; si son condenados, morirán. Si alguien sueña estar en lugar del juez, no perderá, pues ¿qué juez se condenará a sí mismo?

Si alguien sueña que encuentra un tesoro de poca consideración, males ligeros; pero si es abundante, cuidados, penas, aun la muerte; pues no se encuentra rico tesoro sin cavar la tierra, como cuando se entierra a alguien. «He tenido —agrega Artemidoro— la ocasión de observarme. Estaba triste y muy ocupado en asuntos difíciles; soñé que tenía en mi bolsillo poco dinero y que entré en una tienda, donde me lo robaron. Habiéndome despertado, recibí una noticia agradable sobre la cosa misma que me inquietaba; la tranquilidad y la alegría sucedieron a mis inquietudes. En una asamblea en que me encontraba, en que se hablaba de estos temas, un hombre contó que habiendo enviado a su hijo a un lugar lejos de su casa a buscar un dinero que le debían, le pareció, en sueño, verle de vuelta, con tres mil ochocientas monedas que traía. Un hábil

intérprete le anunció que su hijo volvería sin haber conseguido nada, primero, porque de ordinario sucede lo contrario de lo que se sueña, y segundo, porque la posición de los dedos, que indica 3800, no significa nada...»

FIN